

los de arriba, burlarnos del miserable Polikei. Los procedimientos que él empleaba para inspirar confianza en los demás, eran los mismos exactamente que tuvieron influencia sobre nuestros padres, que la tienen sobre nosotros y que la tendrán sobre nuestros hijos. El campesino que apoya su vientre contra la cabeza de su jumento, su riqueza única y un miembro casi de su familia, y que con expresión en que se mezclan la fe y el terror, contempla el rostro de Polikuchka fruncidas gravemente las cejas, mientras que con sus finas manos, las mangas de la camisa recogidas, aprieta con sabia precisión el punto dolorido y raja atrevidamente la carne viva, mientras dice tal vez para su capote: «Bah! puede que así y todo cure», fingiendo saber con exactitud donde está la sangre mala, y dónde la materia, y dónde, en fin, la causa de la enfermedad, teniendo cogido con los dientes el trapo humedecido en algún líquido maravilloso, ó bien la botellita de los grandes milagros; ese campesino, iba yo diciendo, no puede creer que Polikei ha levantado la mano para cortar la carne viva por donde primero se le antoje, pues siente dentro de sí mismo que él no lo podría hacer; y una vez practicado el corte, no se culpará ciertamente de haber hecho operar en vano tan cruenta cura. No sé si mis lectores habrán experimentado este sentimiento; mas yo sí puedo decir que lo he experimentado ante el doctor que, á instancias mías, ha atormentado cruelmente á personas muy queridas de mi corazón. La lanceta y la misteriosa botella con el líquido curativo y las palabras *rotura, sangría, materia...* son en el fondo lo mismo exactamente que esas otras palabras: *nervios, reumatismos, orgasmos...*

Sin duda alguna que el verso:

Ten el valor de engañarte y de soñar,

más que á los poetas, ha de referirse á los médicos y á los veterinarios.



III

La gran pipa de Polikei

LA misma noche en que la asamblea popular encargada de escoger y nombrar á los reclutas, discutía á gritos en el despacho del intendente, llenando la atmósfera la fría niebla de octubre, Polikuchka se hallaba sentado al borde del lecho y encima de la mesa trituraba con ayuda de una botella un ingrediente que él mismo desconocía y que destinaba á un caballo enfermo. Había allí sublimado, azufre, sal de Glauber y ciertas hierbas que el mismo Polikei cogía. Una vez se imaginó el pobre que esas hierbas eran buenas para ciertas erupciones, y desde entonces ya no halló dificultad para administrarlas en toda otra clase de circunstancias. Los niños estaban ya todos acostados: dos sobre la estufa, dos en el lecho, y uno en la cunita, cerca del cual estaba sentada Akulina recosiendo la ropa. Un cabo de bujía, tomado quizás por el propio Polikei de casa de la señora, habiéndolo hallado mal guardado, estaba puesto en el borde de la ventana en un candelero de madera, y á fin de que su marido no se distrajera de la delicadísima operación que estaba ejecutando, la misma Akulina se levantaba para despabilar la mecha de la candela con sus propios dedos. Algunos espíritus fuertes consideraban á Polikuchka como un veterinario ignorante y un cerebro vacío. Otros, la mayoría, considerábanle como un mal hombre, pero muy ducho en su arte de

curar animales, y Akulina, aunque injuriaba con frecuencia á su marido y hasta, si era necesario, le pegaba, considerábale como el mejor veterinario del mundo y el hombre de mayores *capacidades*. Polikei se puso en el hoyo de la mano una parte del ingrediente que había molido, bien que mal; no empleaba balanzas jamás y hablaba con ironía de los farmacéuticos alemanes que se servían de ellas, diciendo: «No estamos aquí en una farmacia». Polikei, pues, consideró un momento la cantidad de ingrediente que tenía en la mano, halló que no había bastante, y echó todavía diez veces más, murmurando: «Se lo daré todo y así se pondrá bien más aprisa».

Akulina se volvió rápidamente al oír la voz de su señor, aguardando órdenes; pero al observar que no se dirigía á ella, con movimiento de indiferencia levantó los hombros, diciendo para sí misma: «En verdad que es un hombre extraordinario! De dónde habrá sacado todo eso?...» y volvió á su labor. En esto se cayó de la mesa el papel que había envuelto los maravillosos ingredientes, y Akulina entonces gritó:

—Anutka! Algo se le ha caído á tu padre... cógelo!

Anutka sacó de debajo la manta las delgadísimas y heladas piernas, como un gatito se metió por debajo de la mesa, cogió el papel y se lo tendió á Polikei.

—Toma, padrecito;—y sus delgadísimas y heladas piernecitas desaparecieron de nuevo debajo de la manta que la cubría.

—Por qué te meneas así?—gimió la pequeña de las niñas con voz ceceante y medio durmiendo.

—Queréis callar?...—hizo Akulina, y las dos cabecitas desaparecieron á un tiempo dentro del lecho.

—Si me da tres rublos,—exclamó Polikei, mientras tapaba la botella,—cierto que le curaré el caballo... y es todavía muy barato.—Luego añadió:—Para eso se rompe uno la cabeza!... Akulina, ve á pedir un poco de tabaco á Nikita; mañana se lo devolveré.

Y Polikuchka sacó de uno de los bolsillos de su pantalón una vieja pipa de madera de tilo, hermosamente pintada en otro tiempo, y se puso á prepararla para fumar.

Akulina se levantó y salió, sin topar con nada ni con nadie, lo que era bastante difícil. Polikei mientras tanto abrió un pequeño armario y puso en él la poción que acababa de preparar, y tomó una botella de aguardiente que acercó á sus labios, pero frunció siniestramente las cejas al ver que no quedaba en el fondo de ella ni una sola gota de la deliciosa *agua de vida*... Sin embargo, cuando hubo llenado la pipa con el tabaco que le trajo su mujer y

se puso á fumarla sentado al borde del lecho, su rostro se iluminó con la alegría orgullosa de un hombre que ha dado feliz remate á su trabajo cotidiano. Quizás estaba pensando en cómo se las arreglaría para tirar mañana de la lengua al caballo enfermo y hacerle engurgitar la mixtura maravillosa que acababa de componer; ó pensaba tal vez en que se encuentra siempre un buen hombre cuando se tiene necesidad de él, y que, fuese como fuese, lo cierto es que Nikita le había dado tabaco. La verdad es que en aquellos momentos el ínclito Polikuchka se sentía feliz. Pero, de pronto, la puerta, que se sostenía por un solo gozne, se abrió de par en par y apareció en el dintel una doncella de *arriba*, no la primera, ni la segunda, sino la tercera, la menor, la destinada á los más bajos oficios; todo el mundo sabe que *arriba* quiere decir «la casa de los señores», hasta cuando, en vez de arriba, está abajo... Axutka, así llamaban á la tal doncella, corría siempre con la rapidez de una flecha, no doblaba los brazos al marchar, sino que los movía á la manera de un balancín, y no á lo largo del cuerpo como todo el mundo, sino hacia adelante, con una cadencia que seguía la velocidad de su andar. Sus mejillas estaban siempre más encarnadas que su encarnado corpiño, y su lengua se movía siempre con igual velocidad que sus piernas. Se metió de un salto en medio de la estancia, agarrándose con fuerza en la mesa, y empezó un balanceo horrible de todo el cuerpo; luego, como si tuviese el deseo de no decir más que tres palabras de una sola vez, empezó á hablar así, dirigiéndose á Akulina:

—La señora manda á Polikei Ilitch que suba inmediatamente *arriba*, y manda...—se detuvo para respirar profundamente.—Egor Mikhailovitch estaba con la señora, hablando de reclutas... se ha pronunciado el nombre de Polikei Ilitch... Audotia Mikhailovna ha ordenado que se venga enseguida... La señora ha ordenado,—de nuevo se detuvo para respirar—que se venga inmediatamente...

Más de medio minuto se quedó Axutka contemplando á Polikei y luego á su mujer y á los niños, que sacaban la cabecita de debajo de las sábanas, tomó una cáscara de nuez que halló sobre la estufa, la tiró al rostro de Anutka, exclamó otra vez todavía: «Que se venga inmediatamente...» y salió de la estancia como llevada por un vendaval, viéndose como sus brazos se balanceaban al compás de su precipitada carrera.

Akulina se levantó y dió las botas á su marido, unas botas de soldado, ya estropeadas por mil partes; tomó luego el caftán que

estaba sobre la estufa y se lo presentó sin mirarle de frente, tratando de esquivar los ojos de Polikei.

—Ilitch, quieres cambiarte la camisa?—dijo la pobre mujer.

—No.

Akulina ni una sola vez miró á su esposo, mientras éste se calzaba las botas y se ponía silenciosamente el abrigo.

Y en verdad que hizo bien, pues Polikei estaba blanco como la cera, su labio inferior tembloteaba y sus ojos habían tomado esa expresión de tímido gimo-teo, de profunda desesperanza que vemos solamente en los hombres buenos, débiles y culpables. Se arregló un poco el cabello y se dispuso á partir... pero su mujer le detuvo un momento, le arregló los pliegues de la camisa que caían sobre su chaquetón y le puso el gorro en la cabeza...

—Qué hay... Polikei Ilitch? Dicen que la señora os manda llamar,—oyóse que gritaba desde su rincón la mujer del carpintero.

Aquella misma mañana la mujer del carpintero se había disputado gordo con Akulina, pues una de las chicuelas de ésta había derribado en su casa un cubo de legía, y, al menos en los primeros momentos, le fué cosa agradable entender que Polikei había sido llamado por la señora, pues no sería probablemente para nada bueno. Era, además, una de esas mujeres mordaces, que saben con una palabra sola mortificar á una persona, era una mala mujer... al menos tal creía ella de sí misma.

—Sin duda quieren enviaros á la ciudad para compras...—continuó diciendo la carpintera.—Buscan, sin duda, un hombre de toda confianza, seguro... y nadie mejor que vos. En este caso, compradme un cuarterón de té, Polikei Ilitch.

Akulina hacía esfuerzos para contener sus lágrimas y sus labios se crispaban horriblemente... Le venían, sin duda, intenciones de



ahogarle la voz en la garganta á esa mala mujer, de arrancarle el moño al menos. Pero, cuando contempló á sus hijos y le vino la idea de que iban á quedar huérfanos y que ella sería pronto la mujer de un soldado, olvidó las burlas y las ironías de aquella mujer, escondió su rostro entre las manos, se sentó sobre el lecho y su cabeza cayó pesadamente sobre la almohada.

—Madrecita, me aplastas...—balbuceó la niña pequeña, con su media voz, procurando subirse hasta las orejas el abrigo de la cama que había quedado cogido bajo el codo de su madre.

—Al menos hubieseis muerto todos!... Sólo para desdicha vuestra os he puesto en el mundo!—exclamó llorando Akulina. Y sus sollozos llenaron la estancia, con no poca alegría de la mujer del carpintero, que no había olvidado aun la legía de la mañana.



IV

Polikuchka es el último de los hombres...

TRANSCURRIÓ así una media hora... El más pequeño empezó á llorar horriblemente; Akulina se levantó y dióle el pecho. La pobre mujer ya no lloraba; pero, apoyando en la palma de la mano su rostro flacucho y hermoso todavía, contemplaba con fijeza la llama de la candela que se estaba acabando ya, y he aquí las ideas que giraban incesantemente en su cabeza: Por qué me casé? Por qué se necesitan tantos soldados? Cómo podré vengarme de esa mala mujer?...

De pronto oyó los pasos de su marido. Se enjugó las lágrimas y se levantó para dejarle libre el paso. Polikei entró en su rincón con el mismo orgullo que entrara en un palacio; tiró el gorro sobre la cama, respiró profundamente y con sosiego empezó á quitarse el cinturón.

—Bien... y qué? Por qué te ha mandado llamar?

—Bah! Ya es sabido! Polikuchka es el último de los hombres; pero cuando hay algo importante que hacer, él es el llamado, Polikuchka!

—Qué dices?

Polikei no se daba prisa en contestar. Encendió su pipa, y escupió dos ó tres veces.

—Me ha ordenado ir á casa de un comerciante para cobrar algún dinero.

—Cobrar dinero?—exclamó casi asustada Akulina.

Polikei sonrióse y meneó á un lado y otro la cabeza, exclamando al fin:

—Ah! y lo bien que habla la señora!... Ha dicho: Tú eres considerado un hombre poco seguro; pero yo tengo más confianza en ti que en ningún otro.—Polikei hablaba en voz alta para ser oído de sus vecinos.—Tú me has prometido corregirme; ahora bien, he aquí la primera de las pruebas que de tí necesito para creerte del todo. Irás á casa del comerciante *tal*, en la ciudad, tomarás el dinero y me lo traerás... Yo dije entonces: Señora, todos vuestros siervos han de servirlos como Dios manda. Es por esto que yo entiendo que puedo hacerlo todo en servicio vuestro y no rehusé trabajo ninguno, por penoso que sea. Haré todo lo que me ordenéis, pues soy vuestro esclavo...—y al pronunciar estas palabras sonrió de nuevo, con aquella sonrisa singular del hombre débil, bueno y culpable.—Entonces, ella dijo: De modo que puedo contar contigo? Comprende que tu porvenir depende de esto... Y yo dije: Cómo no he de comprender que soy capaz de hacer esto y todo lo que me ordenéis? Si os han dicho mal de mí, también puede decirse de todos los demás; en cuanto á mí, no creo haber pensado una sola vez cosa contraria á vuestra dicha... En una palabra, he sabido decir tan buenas cosas que la señora ha quedado encantada y ha sido muy amable conmigo... Tú serás, me ha dicho finalmente, mi hombre de confianza.—Aquí se calló Polikei, y de nuevo aquella misma sonrisa singular iluminó su rostro.—Ya sé yo cómo se ha de hablar con ellos... Cuando estaba en la esclavitud, llegaba á veces el amo irridadísimo, gritando... Pues yo no hacía más que decirle



algunas palabras y enseguida se calmaba, poniéndose más suave que el terciopelo.

—Se trata de mucho dinero?—preguntó Akulina.

—Tres veces medio millar de rublos,—contestó displicentemente Polikei, mientras su mujer movía con desconfianza la cabeza.

—Cuándo has de partir?

—La señora ha dicho: Mañana tomas el caballo que más te guste, te presentas en la oficina, y después que Dios te acompañe.

—Alabado sea Dios!—exclamó Akulina levantándose y santiaguándose.—Que Dios te ayude, Ilitch,—murmuró en voz baja para no ser oída por la mujer del carpintero, y, cogiéndole por la manga de la camisa, continuó así:—Ilitch, óyeme bien; te lo suplico en nombre de Cristo: Cuando partas besa fervientemente la cruz, jurando que no beberás en todo el camino una vez siquiera...

—Pudiste pensar que bebería llevando encima tanto dinero!... Escucha, alguien allá *arriba* toca el piano... Es bueno eso!—Y añadió sonriendo, después de un corto silencio.—Sin duda es la señorita. Yo estaba de pie delante de la señora, en la misma puerta del despacho, y la señorita estaba algo más adentro. De pronto, se sentó al piano y se puso á tocar... Oh! era admirable! Te juro que sabré cumplir como bueno; me siento capaz de llevar á feliz término el encargo que se me ha hecho. Dame ahora una camisa limpia...

Y fueron á acostarse felices y contentos.



V

En busca del tercer soldado

MIENTRAS tanto la asamblea de los campesinos iba acalorándose, reunida delante del despacho del intendente. El asunto se iba poniendo serio. Casi estaban allí todos los campesinos, mientras Egor Mikhailovitch hablaba con la señora; llevaban todos cubierta la cabeza, cada vez eran en mayor número las voces que tomaban parte en la discusión, y cada vez también hacíanse más ruidosas. El rumor sordo del charloteo, interrumpido de vez en cuando por palabras sueltas pronunciadas en voz más alta ó más ronca, llenaba el espacio, y llegaba, como el bramido de un mar tempestuoso, hasta las mismas ventanas de la señora, á la que producía cierta inquietud nerviosa, semejante á la que en ella causaba una fuerte tempestad. Tan pronto se mostraba en extremo nerviosa, tan pronto como asustada. Parecíale sin duda á cada momento que las voces de aquellos hombres iban á hacerse más altas y más frecuentes ó bien que algo trágico iba á suceder, pensando: «Cómo si no pudiese entenderse la gente hablando despacio y mesuradamente, sin gritos y sin exclamaciones, según manda la ley cristiana, fraternal y dulce...»

Muchos hablaban al mismo tiempo, pero una voz sobresalía de las demás; era la de Feodor Riezun, el constructor. Tenía en su familia dos trabajadores, y afirmaba tocar á los Dutlov ser alis-

tados, contra cuyo ataque el viejo Dutlov se defendía bravamente, manteniéndose primero detrás del grupo; pero de pronto se puso delante, y sofocado y ahogándose, los brazos al aire ó bien tirando de su barbilla, se enronquecía á cada punto, hasta el extremo de que á él mismo le era difícil entender lo que decía. Sus hijos y su sobrino, todos ya buenos mozos, se agrupaban entorno suyo, recordando el juego de «la gallina defendiendo á sus polluelos de las garras del milano». El milano era aquí Riezun, y no Riezun solamente, sino todos aquellos también que no tenían en su familia más que dos trabajadores ó uno solo, y así casi todos los campesinos cebábanse en el pobre Dutlov. La cuestión era como sigue: el hermano de Dutlov, treinta años hacía, había ya sido alistado y servido en el ejército, y por esto Dutlov no quería ser comprendido entre las familias que contaban con tres trabajadores; pretendía que se tuviese en cuenta el servicio de su hermano y que se le comprendiese entre las familias de dos trabajadores solamente y que fuese de entre todas éstas sacado el tercer recluta que hacía falta. Además de la familia Dutlov, había, cierto es, cuatro familias más de «tres trabajadores»; pero el jefe de una de ellas era *starosta*, y la señora le tenía dispensado este servicio; otra, cuando el último alistamiento, había ya dado un recluta, y las otras dos lo daban ahora, de modo que ni siquiera asistían á la reunión; tan sólo la madre de uno de ellos manteníase, llena de tristeza, como perdida entre la última fila de los reunidos, esperando vagamente tal vez que la rueda girase en sentido favorable para su hijo. El segundo recluta, el rubio Roman, con un caftán todo hecho pedazos, aunque no era ciertamente pobre, se estaba apoyado en el dintel de la puerta, callado siempre y con la cabeza inclinada al suelo; á veces miraba un momento al que levantaba más la voz, pero de nuevo quedaba pensativo, respirando toda su persona un profundo dolor.

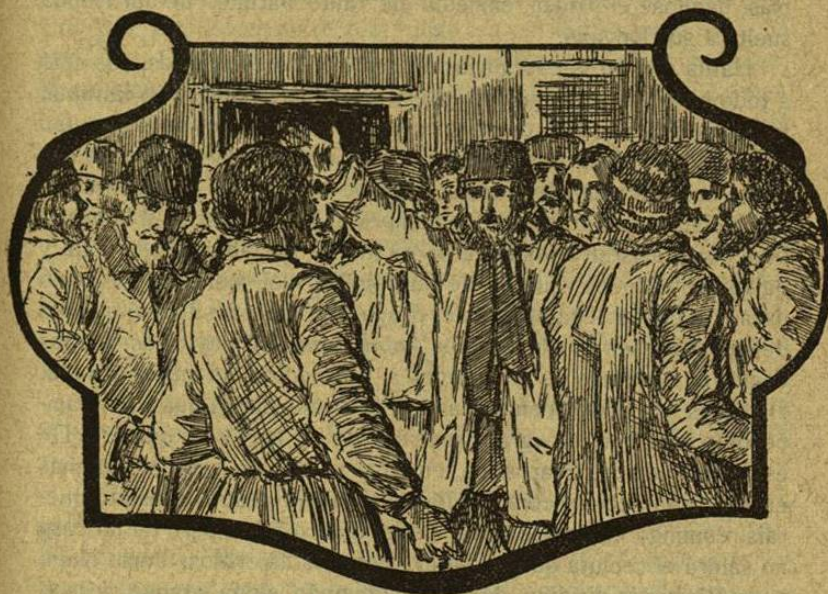
El viejo Semion Dutlov era hombre á quien, cualquiera que le conociese un poco, podía confiar centenares y millares de rublos; era un hombre moderado en todo, temeroso de Dios, y además se hallaba en buena posición, por lo que era todavía más de extrañar su tenaz oposición en dar el tercer soldado.

Riezun, el carpintero, por el contrario, era un mocetón de elevada estatura, moreno, amigo de ruido, borracho, atrevido y con esto habilísimo en las discusiones y las disputas, donde fuese que se hallase, en las asambleas, en los mercados, con los obreros ó los comerciantes, con los campesinos ó los señores.

En la presente ocasión se mantenía asaz tranquilo, aunque

mordaz, aplastando con la sonoridad de su voz y la elocuencia de su palabra al viejo Dutlov, que se ahogaba é iba perdiendo terreno en su defensa.

En la discusión tomaban también parte Garoska, Kopilov, joven todavía, de cara redonda y cabeza muy gorda, con la barba rizada; era uno de los habladores de la generación posterior á Riezun, que se distinguía por la dureza de su palabra y gozaba ya



de cierta autoridad en las asambleas. Uno de los que más hablaba también era Feodor Melnitchni, un campesino amarillento, delgado y largo, joven todavía, pero ya encorvado, con barba escasa y los ojos siempre sombríos y como llenos de cólera. Era hombre que lo tomaba siempre todo por el peor de sus aspectos, perturbando con frecuencia la reunión con sus preguntas ó sus observaciones inesperadas y muchas veces fuera de tono. Estos dos habladores estaban del lado de Riezun. Además, otros dos charlatanes se mezclaban con frecuencia en la discusión; uno de ellos se llamaba Khrapkov y era un hombre con cara llena de mansa bondad, con una barba muy poblada y larga y que á cada

dos palabras decía: «Querido amigo»; el otro era un hombre pequeño, con cara de pájaro, se llamaba Gidkov, y á cada momento también decía: «Hermanos míos, resulta de esto...»; se dirigía á todo el mundo y hablaba bien, pero casi siempre fuera de propósito. Esos tan pronto se mostraban favorables como contrarios á cada uno de los bandos, por lo cual nadie les hacía caso. Otros habladores había aun de este mismo género, pero los dos citados eran los que mejor sabían introducirse entre los contendientes, y, aunque eran los menos escuchados, eran también los que gritaban más, dándose el placer, en medio de tanto barullo, de dar rienda suelta á sus lenguas.

Había aun otras categorías de gentes: los taciturnos, los que á todo se avenían, los indiferentes, los comprimidos, y no faltaban tampoco mujeres que, con sus bastones en la mano, se mantenían detrás de los hombres, silenciosas casi siempre. Pero de toda esa gente hablaré más adelante, si Dios me lo permite. En general, la muchedumbre se componía de campesinos que asistían á la asamblea como asisten á los divinos oficios, y hablaban en voz baja y balbuciente de los asuntos de su familia, del momento propicio para ir á cortar leña al bosque, ó aguardaban en silencio que los demás acabasen de chillar. Los había también muy ricos, y á los cuales el resultado de la asamblea ni añadiría ni quitaría nada. De estos era Ermil, con su cara larga y luciente, á quien los campesinos llamaban el «gran-vientre» por lo muy rico que era. De éstos también era Starostine, en cuyo rostro se reflejaba la más entera satisfacción, como si dijese: «Hablad vosotros cuánto queráis, conmigo no podéis nada. Tengo cuatro hijos, pero de mi casa no saldrá el recluta que os falta». Los más atrevidos, como Kopolov y Riezun le dirigían de vez en cuando algún ataque, mas él les contestaba con sosiego y firmeza, consciente de su inviolabilidad. Si el viejo Dutlov se parecía á la gallina defendiendo á sus polluelos, sus hijos y su sobrino no se parecían mucho á éstos, pues no se movían siquiera, ni gritaban, ni hablaban tan sólo, manteniéndose quietecitos tras la *gallina*. El mayor, Ignati, tenía ya más de treinta años; el segundo, Vasili, estaba también casado, y el sobrino, Iluchka, acababa de casarse; era muy blanco de rostro, con unas mejillas muy rosadas y llevaba puesta una elegantísima *tulupe*, pues era postillón. Contemplaba indiferente á la multitud, rascándose á veces la nuca, y se arreglaba de vez en cuando el gorro ó las pieles; hubiérase dicho que aquello no le interesaba lo más mínimo, y él precisamente era el señalado por la mayoría de los reunidos.

—Vaya con el viejo! También fué soldado mi abuelo,—decía uno;—he aquí por qué no quiero yo tampoco entrar en suerte.

—No existe semejante ley, amigo mío; en el último alistamiento, fué al servicio el hijo de Mikheitch, y su tío no había vuelto todavía.

—Pues, en tu casa, ni tu padre, ni tu tío, han servido al Zar,—gritaba el viejo Dutlov,—ni tampoco tú has servido á nadie, ni al amo, ni al *mir*. Tú no has hecho más que beber, y tus hijos te han dejado, porque es imposible vivir contigo. Y ahora quieres perjudicar á los demás, mientras que yo, durante diez años, he sido *starosta*. Dos veces he tenido fuego en mi casa y nadie me ha ayudado, y, porque en mi familia todo es tranquilidad y honradez, se me quiere hoy arruinar... Devolvedme, pues, á mi hermano. No ha muerto el pobre en el servicio? *Mir* cristiano, juzga según la voluntad de Dios, y no te dejes engañar por un borracho mentiroso!

Al mismo tiempo casi, Guerasim decía á Dutlov:

—Nos presentas y quieres hacer valer el ejemplo de tu hermano; pero recuerda que no es el *mir* quien le alistó, sino que, debido á su mala conducta, los señores le hicieron soldado; de manera que no puedes sacar de este ejemplo razón ninguna en tu favor.

No había acabado aun Guerasim de hablar, que se adelantaba ya el largo y amarillento Feodor Melnitchni, y con su voz sombría exclamaba:

—Esto es, los señores son quienes mandan al servicio á quien quieren, y luego el *mir* ha de resolver toda suerte de conflictos. El *mir* decide que tu hijo ha de partir, y si tú te opones, vé y pide dispensa y perdón á la señora... puede que entonces me alisten á mí, que soy hijo único! Esta es la ley!—acabó diciendo con rabia, y haciendo un gran gesto con la mano volvióse á su sitio.

Roman, el rubio, cuyo hijo era uno de los primeramente designados, levantó un momento la cabeza, y exclamó:

—Esto es, esta es la ley!—y casi llorando de despecho se sentó en una de las gradas de la puerta.

Pero no acababa aquí; además de las voces que chillaban todas á un tiempo y de los que, en las últimas filas, se entretenían hablando de sus negocios, los charlatanes no olvidaban su papel.

—En efecto, *mir* cristiano,—decía el pequeño Gidkov, repitiendo las palabras de Dutlov.—Es necesario que juzguemos como cristianos, hermanos míos; lo primero, es juzgar como cristianos.

—Es preciso, ante todo, juzgar en conciencia, querido amigo,

—dijo el bueno de Khrapkov, tirando al viejo Dutlov por la *tu-lupe*.—Entonces fué hecha la voluntad de los señores, no la decisión del *mir*.

—Es verdad! es verdad!—gritaron algunos.

—Quién es ese borracho? Quién es ese mentiroso?—clamaba Riezun.—Acaso me has dado tú de beber, eh?... O bien ha sido tu hijo, á quien más de una vez han recogido borracho en medio de la calle? Vaya, hermanos míos, es necesario tomar una resolución. Si queréis favorecer á Dutlov, no hay más remedio entonces que elegir, no solamente entre las familias de dos trabajadores, sino también entre las que no tienen más que un solo hijo, y después el viejo se burlará de nosotros!

—A Dutlov es á quien toca partir! Ni siquiera hay que discutirlo.

—Bien dicho!... Aquellos que tienen tres hijos son los que han de dar el recluta que falta,—gritaron algunos.

—Todo depende de lo que la señora mandará. Egor Mikhailovitch ha dicho que tal vez entregue á alguno de los *dyorovoi*, —dijo alguien á media voz, y esta objeción calmó bastante la disputa de los campesinos; pero pronto se inflamó otra vez, convirtiéndose ya en personal.

Ignati, de quien había dicho Riezun que le recogían borracho en la calle, acusó á Riezun de haber robado la sierra de un carpintero que había pasado por el pueblo, y que un día estando borracho con un poco más mata á su mujer á golpes.

Riezun contestó que lo mismo pegaba á su mujer estando borracho que no estándolo, y que no era todavía bastante, con lo cual hizo reír á todo el mundo. Pero, en cuanto á la sierra sí que se dió por ofendido, y acercándose á Ignati le preguntó:

—Quién ha robado la sierra?

—Tú la has robado,—le contestó atrevidamente el vigoroso Ignati, acercándosele todavía más.

—Quién la ha robado?... Quizás tú la has robado!

—No, no; tú!—gritó Ignati.

Después de la sierra, se habló también del robo de un caballo, y de un saco de avena, y de una gran cantidad de verduras, y de otras mil cosas todavía... Y los dos campesinos se dijeron cosas tan horribles, que si solamente una centésima parte de ello hubiese sido verdad, á tenor de las leyes, los dos hubieran tenido que ser cuando menos deportados á Siberia.

Mientras tanto, el viejo Dutlov había elegido ya otro medio de defensa. Los gritos y las querellas de su hijo le disgustaban, y le

hizo callar, diciéndole: «Esto es un pecado, déjale!» Y empezó á demostrar que las familias de tres trabajadores no eran tan sólo aquellas cuyos hijos vivían reunidos, sino también aquellas cuyos hijos estaban separados, y entre esta clase de familias señaló la de Starostine.

Starostine sonrió maliciosamente, fingió que tosía un poco, y acariciándose la barba y dándose aires de campesino rico, contestó que no había más voluntad que la del señor, y que si había sido declarado libre de este servicio, sería sin duda por haberlo merecido. En cuanto á las familias cuyos hijos viven separados, Guerasim destruyó también las razones de Dutlov haciendo observar que, si acaso, debía haberseles prohibido que se separasen, como en los antiguos tiempos, pero que ya una vez separados... en fin, que no era posible alistar á los hijos únicos.

—Es acaso por gusto que se separa de la familia uno de los hijos? Por qué, pues, ese empeño de arruinarlos ahora?—decía la voz de los que se hallaban en tales condiciones. Y los indiferentes uníanse á este parecer.

—Eh! compra un hombre, si no quieres que marche tu hijo! Tus medios de sobra te lo permiten!—dijo finalmente Riezun al viejo Dutlov. Este cruzó desesperadamente su caftán y se metió entre los demás campesinos, exclamando:

—Sin duda has contado mi dinero!... Vaya! hemos de ver todavía lo que dirá Egor Mikhailovitch de parte de la señora.